



TRADICIONES PATRIAS

ESTA PUBLICACIÓN SALE
los días 1, 10 y 20 de cada mes
.....

16 páginas de folletín
de cada una de las obras:

Políticos del Carlismo
Victorias carlistas
Florangel
.....

Regalos a los suscriptores
Un año. . . 8 pesetas
(Pago adelantado)
.....

ADMINISTRACIÓN:
Biblioteca Tradicionalista
Aragón, 252
BARCELONA

Barcelona 1.º Abril 1913

Cuaderno 10.—20 Cts.

PASATIEMPOS

El ciprés

Nacido el ciprés sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:

«¡Amad el dolor!»

Veréis cual su tallo gigante se mece
al fétido aire del sitio de paz;
mas no podréis nunca saber si humedece
sus fúnebres ramas el llanto, que ofrece

al alma, solaz

Jamás se ha sabido si en tales lugares
gemidos le arranca su suerte cruel;
jamás se ha sabido si son sus pesares
arroyos tranquilos, o si turbios mares
de gotas de miel.

Meciendo sus ramas sin flor, sin encanto,
su triste espesura, su negro verdor
parece que llama las almas al llanto;
parece decirles, con hondo quebranto:

«¡Amad el dolor!»

Cantares

Las rosas de tus mejillas
rosas sin espinas son,
las espinas de estas rosas
las tengo en mi corazón.

Ayer tarde estuve haciendo
castillitos en la arena,
y al mismo tiempo pensaba
en tu amor y en tu firmeza.

Aquel corazón de roca
que ni al sol vivo reluce,
si con oro lo martillan
al momento saca lumbre

Cuando escribirme pretendas,
de papel sírvate el agua,
y así durará más tiempo
lo que juras en tus cartas.

Argumento contundente

Un soldado después de concluir
el servicio volvió a su casa, y cuando
llegó el domingo le dijo su madre:

—¿Vienes a Misa conmigo?

—No, madre, he viajado, he visto
París, y he adquirido muchos conocimientos
que no se tienen en el pueblo: ya puede usted pensar que
sé ahora demasiado para rezar como
las beatas.

—¡Ah! cuando se ha visto París
¿ya no hay que ocuparse de Dios?

—Eso no, madre, pero hay que
reflexionar. Mire, yo me digo: «Me
ocurrirá lo que deba ocurrirme; es
pues, supérfluo pedir a Dios.»

La madre calla y se va sola; pero
de vuelta a su casa no prepara la
comida.

El licenciado llega a la hora de
comer, y al ver la mesa vacía, le dice
a su madre:

—¡Qué es eso! ¿comemos fuera?

—No

—Pero ¿si no hay nada preparado?

—Es que, mira, tus reflexiones
me han ilustrado y he dicho: ¿Para
qué trabajar? Si mi hijo ha de comer
bien comerá de todos modos: sino,
no ha de comer; pues a no hacer
nada. Ya ves que he aprendido
pronto.

El hijo comprendió la lección, y
dijo:

—Madre, haga V. la sopa, y el
domingo próximo iremos a Misa
juntos.

Distracciones

de Beethoven

Paseándose Beethoven por las
calles de una población de Alemania,
sintióse acometido del hambre.
Se acercó a un restaurant y pidió
el «menú». En el momento de coger
en sus manos el papel, sintióse ins-
pirado, y sin fijarse en nada, em-
pezó a escribir en el dorso del cita-
do papel una sinfonía, distrayéndose
de tal modo, que cuando volvió
en sí llamó al mozo y le dijo:

—¿Cuánto debo?

—Nada, porque no ha almorzado
usted aún.

—¿Estás seguro de que no he
comido nada?

—Y tan seguro...

—Pues entonces sírveme, por si
no he almorzado

Registrado. Año 1957



Muy Ilre. Sr. D. Diego Fernández
de Henestrosa

Villaverde, de Villasante, de Benamejí, de Gramosa, de San Millán, de Reguer, de Campo-Franco, de Valdegamas, del Surco, de Fontanar, del Real Transporte, de Lozoya, de la Gamera, de Gandul, de Esquivel, de Amaiste, de Lerdaña, de los Salados, del Sauzal, de Santa Lucía, de Villanueva del Prado y de Vallecerrato; por los condes de Campo-Espina, de Torre del Fresno, de Calatrava, de Campomanes, de las

1009

R. 1830

Bárceñas, de Canga-Argüelles, de Orgaz, de Fuentes, de Robres, de Faura, de Montenegro, del Valle, de Balazote, de Roche, de Guevara, de Puerto-Hermoso, de Mejorada, de Cedillo, de Samitier y de Siete Fuentes; por los vizcondes de la Torre de Albarragena y de Alcira; y por los barones de Vilagayá, de Benicasim, de San Calixto, de Gracia-Real, de Rada, de Hervés y de Terrateig.

También aquella notable Junta Central Católico-Monárquica, tan dignísima y acertadamente presidida por el inolvidable Marqués de Villadarias dirigió la famosa campaña electoral carlista del año 1871 que llevó a las Cortes de D. Amadeo de Saboya una Minoría parlamentaria carlista compuesta de veintiocho senadores y de sesenta diputados, siendo elegidos los primeros por las provincias de Álava, Ávila, Baleares, Barcelona, Castellón, Gerona, Guipúzcoa, Tarragona, Navarra y Vizcaya; y debiendo el acta los diputados a los distritos de Amurrio, Vitoria, Ávila, Santa Fe, Inca, Manacor, Palma de Mallorca, Bergá, Vich, Villadiego, Coria, Al-bocacer, Morella, Arsúa, Santa María de Ordenes, Santiago, Gerona, Olot, Villademuls, Molina, Azpeitia, Tolosa, Vergara, Cervera, Seo de Urgel, Solsona, Sort, Tremp, Chantada, Sarriá, Murcia, Ledesma, Aoiz, Estella, Tudela, Pamplona, Tafalla, Orense, Laviana, Pravia, Cangas de Tineo, Villaviciosa, Cervera de Pisuerga, Sequeras, Cabuérniga, Gandsa, Vendrell, Alcañiz, Valderrobles, Torrijos, Liria, Bilbao, Durango, Guernica, Daroca y Balmaseda.

El Excmo. Sr. Marqués de Villadarias tuvo el honor de representar a Su Santidad el Papa Pío IX, como padrino de D. Jaime de Borbón, en el solemne acto del bautismo de este augusto señor; distinguiéndose en la célebre e histórica *Junta de Vevey*; prestó numerosos y eminentes servicios al carlismo durante la guerra de 1872 a 1876, y tanto por aquella época como después en los tiempos de paz, cuando la reorganización de los elementos tradicionalistas, fué un constante testimonio de abnegación y lealtad a los ideales católico-monárquicos, lo mismo en el desempeño de embajadas y otros servicios especiales de elevado orden, que en el ejercicio de los muchos importantes cargos que le fueron conferidos, con

Sr. Fernández de Henastrosa

Sr. de Zaforteza



Excmo. Sr. D. Carlos Calderón

Sr. Capellán del Batallón de Radica

D. Ricardo Suarep, Jefe de E. M.

general aplauso, falleciendo cristianamente en Madrid el día 20 de Diciembre del año 1887.

Don Diego Fernández de Henastrosa, hermano del anterior Marqués de Villadarias, también prestó numerosos y va-

liosísimos servicios a la Causa Católico-Monárquica, estribando su mérito singular en la original forma de servir sus ideales luchando (aun sin cargo militar de ninguna clase) en las avanzadas de los combates, durante toda la última guerra carlista, siempre entre los voluntarios, obsequiéndoles espléndidamente; afrontando de continuo con ellos los mayores peligros, dándoles alto ejemplo de bravura, con la serenidad, entusiasmo y buen humor que le eran peculiares, siempre con la sonrisa en los labios, hasta en los trances más críticos de la campaña. Su vida está llena de anécdotas tan interesantes como graciosas, (no exentas de mérito casi todas) y se hizo tan popular, no solamente entre los carlistas, sino que también entre los republicanos y alfonsinos, que *La Ilustración Española y Americana* publicó de él un retrato del que es fiel reproducción el que honra estas páginas. Por cierto que dicho retrato fué dibujado sobre el mismo campo de batalla de Somorrostro por el Sr. de Pellicer, corresponsal artístico de aquella ilustración en el teatro de la guerra. *La Ilustración Española y Americana* dedicó también por aquellos días (número catorce del año 1874) al *General D. Diego* (como familiarmente le llamaban los voluntarios carlistas) las siguientes líneas:

«D. Diego Villadarias, acérrimo partidario siempre de la causa del Pretendiente, es bien conocido de carlistas y liberales en los círculos más aristocráticos de Madrid y de París; uno de sus hijos sirve ahora en el 2.º Batallón de Navarra en clase de alférez, y el anciano Villadarias, que no se aparta de este cuerpo, al cual parece que está como agregado, es designado por los individuos del mismo con el nombre de *abuelo del batallón*. Es hombre de noble carácter, franco, alegre, y de aspecto distinguido y simpático.»

El ilustre General de Artillería D. Antonio de Brea, en las páginas 97 y 98 de su notable *Campaña del Norte de 1873 a 1876* se expresa así: «Diego Villadarias se titulaba agregado al Batallón de *Radica*, con cuyos jefes se alojaba siempre, siendo inseparable de ellos, lo mismo en los días tranquilos que en los momentos de mayor peligro, batiéndose con tanta bizarría, que en la batalla de Velabieta hubo de colocarle en

el pecho el mismo General Olo la placa roja del Mérito Militar que usaba el inolvidable caudillo navarro. *Radica*, Calderón y Diego Villadarias eran, puede así decirse, como tres hermanos, y la cariñosa amistad con que los tres me honraron no la olvidaré nunca; recuerdo pocos ratos tan agradables como los que pasé durante la campaña en tan buena compañía. ¡Cuánto disfrutábamos (y cómo se emocionaba el buen Villadarias) cuando los voluntarios de *Radica*, al verle siempre entre ellos, cuidándolos y tomando parte en sus fatigas, le saludaban al paso con vivas al *General Don Diego*, o cuando éste hacía gala de su buen humor tanto en nuestras marchas como en la tertulia del General en Jefe! Allí se hablaba de milicia, del estado de la guerra, de proyectos y planes de futuros combates, prolongándose la velada muchas veces hasta las doce, hora en que, todo lo más tarde, se levantaba la sesión para retirarnos a descansar.

»Adquirieron los nombres y los hechos de aquellos queridos compañeros de armas tanta gloria, que sólo podrían ser olvidados si no hubiese más que egoísmo entre los supervivientes. Gracias a Dios, la humanidad no es así, y El que es la Suma Justicia les habrá acogido en su infinita misericordia, premiando la Fe de los que confesaron a Cristo a la faz del mundo.»

Su digno hijo *Don José Fernández de Henestrosa*, (cuyo retrato en grupo con el General carlista Calderón y otros publicamos también en esta obra) condújose durante la última guerra civil como valiente oficial en el Ejército carlista del Norte. Después de servir bravamente en el batallón 2.º de Navarra, llamado vulgarmente de *Radica*, se distinguió también como Ayudante de Campo del bizarro General D. Carlos Calderón; conquistó con su valor a toda prueba varias condecoraciones militares; cayó prisionero con su ya citado General en el fuerte de Montejurra, pocos días antes de concluirse la campaña; y falleció en Zaragoza por el año de 1881.

Don Carlos Fernández de Henestrosa y Tacón, hijo del inolvidable Marqués de Valladarias (cuyo retrato y datos biográficos ya hemos tenido el gusto de publicar en este mis-



Excmo. Sr. Marqués de Villadarias

Gentil-hombre de Jaime III

mo capítulo) nació en Bagni di Lucca (Italia) el día 28 de Agosto de 1871, apadrinándole Carlos VII al ser bautizado; educóse con los hijos del Santo Capitán de Loyola en sus colegios de Chamartín de la Rosa (Madrid) y de Zaragoza, y en la Universidad Católica de Deusto. En el año de 1889 se expidió a su favor Real Carta de sucesión en el título de Marqués de Villadarias, Grande de España de primera clase, y desde niño ha correspondido a lo mucho que le obliga la acrisolada lealtad de su padre y el título que ostenta, conquistado a principios del siglo XVIII por uno de los generales más ilustres del Ejército español, y llevado últimamente por aquel

venerable y cumplido caballero cristiano, inolvidable Presidente de la Junta Central Católico-Monárquica en el período revolucionario; su alto ejemplo ha seguido con el mayor entusiasmo el actual Marqués de Villadarias, compañero de la infancia y de la juventud de Jaime III, desde que cuando la última guerra carlista tuvo ya el honor de conocerle en París, y a cuyo lado ha prestado en distintas épocas el servicio de Gentil-hombre de cámara con ejercicio y servidumbre, en su concepto de Grande de España, habiéndole acompañado también en varios de sus viajes, entre ellos en su larga excursión por Argelia y Marruecos, llegando hasta Fez, donde ambos permanecieron durante varias semanas por los años de 1894 a 1895.

El Marqués de Villadarias, que vive actualmente en Zaraus, también ha ejercido varios importantes cargos de carácter político, tales como el de vice-Presidente del Círculo Tradicionalista de Madrid, a cuyo frente ha estado también, aunque en concepto de interino, en los tiempos en que lo presidió el General Marqués de Vallecerrato y en los de la presidencia del Diputado a Cortes D. Enrique Ortiz de Zárate.

Cuando, siendo Delegado General de Carlos VII el ilustre catedrático Doctor D. Matías Barrio Mier, se constituyó bajo su presidencia una Junta Central carlista en Madrid, fué nombrado vocal de ella el Marqués de Villadarias, en unión del General y Diputado a Cortes D. Joaquín de Llorens, del coloso de la elocuencia D. Juan Vázquez de Mella, de los marqueses de Reguer, de Castrillo y de Tamarit, del Barón de Molinet y del señor Lopez de Ayala, actuando de Secretario General de aquella Junta Central, a la vez que de Jefe Regional tradicionalista de Castilla la Nueva y de Extremadura el Excmo. Sr. Marqués de Villadarias, quien ha sido, asimismo, Presidente de la Juventud Tradicionalista de Madrid.

El Duque de la Unión de Cuba Don Bernardo Tacón y Hervés, Marqués de Bayamo y Grande de España de primera clase, tío del actual Marqués de Villadarias, prestó muchos y notables servicios a la Comunión Católico-Monárquica durante la última guerra carlista, principalmente en Rusia, a cuyo imperio fué enviado con misión harto delicada y honrosa por el augusto señor Don Carlos de Borbón y de Austria-Este.

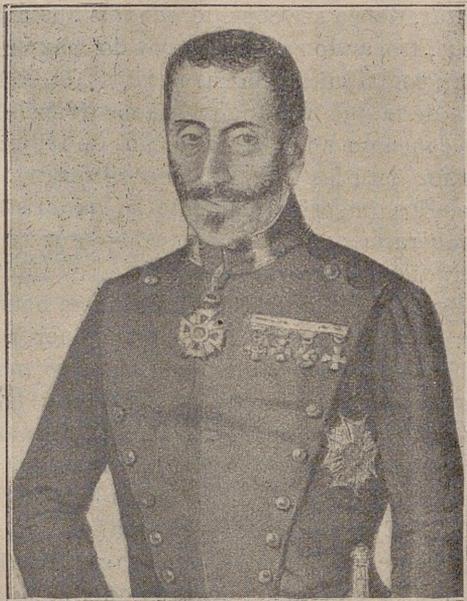
Los historiadores carlistas Barón de Rhaden, Generales Zaratiegui y Brea y Comandante Don Francisco Hernando.

El resurgimiento y reorganización de toda agrupación política, después del éxito desgraciado de una campaña, débese en primer término a la prensa periódica, a los oradores y propagandistas que difunden sus doctrinas, que prueban las excelencias de su programa de gobierno, y que enardeciendo de nuevo los ánimos dan lugar a que poco a poco se disipe la triste impresión producida por la esterilidad de anteriores sacrificios, y se decidan los correligionarios a prepararse para acudir en lo porvenir al puesto de honor que señalen las circunstancias, atentos ante todo interés de orden secundario al supremo de la salvación de la Patria. No regatearemos, pues, nuestro modesto aplauso, ni lo eminente de su mérito al elemento civil, pero siempre ha constituido para éste como un auxiliar poderoso, aun en su propio terreno de acción meramente político, el conocimiento de los hechos históricos, el recuerdo de las glorias conquistadas en medio del fragor de los combates, el heroico ejemplo de los que con su bravura, abnegación, patriotismo y amor a sus ideales, se lanzaron a campaña; los nombres de las acciones de guerra, y de los valientes que las sostuvieron, constituyen siempre como mágico impulso a la lucha legal, un aliento y una esperanza para los que después de ellas se cobijan bajo los pliegues de su misma bandera. En este sentido conceptuamos de gran finalidad, in-

cluso desde un punto de vista exclusivamente político, los escritos de carácter histórico-militar, por lo cual creemos que también como varones de índole esencialmente política a la vez que militar, deben ser considerados los ilustres y bizarros veteranos que, trocando en los tiempos de paz la espada por la pluma, han contribuído con sus escritos a la lucha pacífica, continuación de la que brillantemente sostuvieron en campaña, en cuyo concepto no podemos menos de tributar también en esta obra un entusiasta y cariñoso recuerdo, siquiera no sea más que a los que principalmente se han distinguido por su mérito, generalmente reconocido, como escritores de historia militar tradicionalista; al bravo y entendido Coronel de Ingenieros Barón de Rhaden (a quien cupo el honor de ser el primero que se dedicó a estudios de este género), así como a sus dignísimos sucesores los ilustres y bizarros generales don Juan de Zaratiegui y D. Antonio de Brea, y el no menos valiente e ilustrado Comandante D. Francisco Hernando, tan popular y tan estimado entre todos los jaimistas.

El *Barón de Rhaden* era un brillante jefe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Prusia cuando sus sentimientos profundamente católicos le impulsaron, hacia fines del año 1836, a figurar en aquella cruzada que, dirigida por Carlos V, proclamó en los campos de batalla como primer lema de su credo político el nombre de *Dios*, aspirando a implantar, por lo menos, dentro de los límites marcados por las fronteras de la *Patria*, el triunfo de la soberanía social de Jesucristo.

En el Ejército carlista del Norte distinguióse el Coronel Barón de Rhaden como segundo del Comandante General de Ingenieros D. Melchor de Silvestre. El Académico de la Real de la Historia D. Antonio Pirala, en su *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, dice que fueron notabilísimos los informes del Barón de Rhaden relativos a las fortificaciones que debían construirse para asegurar el dominio de las líneas militares establecidas por los carlistas en el territorio vasco-navarro; nosotros solamente hemos tenido ocasión de admirar el correspondiente a la provincia de Guipúzcoa, y consideraríamos pálido cuanto pudiéramos decir en



Muy Iltre. Sr. Barón de Rhaden
Coronel de Ingenieros Carlistas, autor de
«Cabrera, Erinnerungen aus dem Spanischen Bürgerkriege»

elogio de aquella luminosa Memoria técnica que su ilustrado autor fechó en Barcelona a 15 de Abril del año 1838.

Mucho se distinguió el Barón de Rhaden en el Cuartel General de S. A. R. el Infante de España D. Sebastián Gabriel de Borbón y de Braganza cuando la célebre expedición de Carlos V por Aragón, Cataluña, el Maestrazgo y Castilla; durante ella simpatizó tanto el Barón con el General carlista Cabrera que al año siguiente solicitó ser destinado a sus inmediatas órdenes

He aquí la carta que al famoso caudillo tortosino dirigió con este motivo D. José de Arias Teijeiro, Secretario de Estado y de los despachos de Guerra, Gracia y Justicia y Negocios Extranjeros en la Corte de Carlos V.:

«Excmo. Sr. Teniente General Conde de Morella.

»Azcoitia 28 de Noviembre de 1838.

»Apreciable amigo y señor: el señor Barón de Rhaden, Coronel de Ingenieros, súbdito de Su Majestad Prusiana, que ha servido con lealtad y una especial aptitud en este ejército, pasa a servir a las órdenes de usted. Creo sea una adquisición de interés por su honor y conocimiento en aquella arma y en la artillería, por su facilidad en levantar planos, y por las recomendables circunstancias que reúne. Me pide le recomiende a usted, y yo lo hago con mucho gusto, al paso que le aseguro que para usted la mayor recomendación es su relevante mérito, y que la obtendrá por lo mismo sin necesidad de la indicación de su más apasionado amigo y atento S. Q. B. a V. S. M.

»José Arias Teijeiro.»

En el Ejército de Cabrera, en el cual ejerció el alto cargo de Comandante General de Ingenieros, adquirió nuevos lauros el ilustrado y valiente Coronel Barón de Rhaden, quien recibió graves heridas en los sitios de Villafamés y de Montalbán, acompañando, por fin, a su General en la emigración, y escribiendo entonces y publicando en el año de 1842 la primera obra de historia militar carlista de que nosotros tenemos noticias, su notable *Cabrera, Erinnerungen aus dem Spanischen Bürgerkriege* (*Cabrera, Recuerdos de la guerra civil en España*) en la que no sabemos qué aplaudir más, si los conocimientos técnico-militares de su ilustrado autor o lo elegante y ameno de su estilo, así como lo privilegiado de su memoria y lo acertado de su recto e imparcial criterio, unido todo ello a una acendrada fe religiosa y entusiasta simpatía hacia esta tierra de España que en varias ocasiones hubo de regar con su sangre generosa.

Del General de Infantería D. Juan Antonio de Zaratiegui ya hemos publicado una detallada biografía en nuestra obra *Cruzados Modernos*, así que nos limitaremos aquí a recordar



Excmo. Sr. D. Juan de Zaratiegui

General Carlista

Autor de «Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui»

que era navarro; en el Ejército de Fernando VII llegó a obtener el empleo de Capitán y la Cruz de San Fernando, distinguiéndose no sólo por su bravura, en la campaña realista de 1821 a 1823, sino que también por sus aficiones literarias, acre-

ditadas como Redactor del *Diario del Ejército*. En la primera guerra civil fué Ayudante General del invicto caudillo Zumalacárregui, con especial encargo de redactar los partes oficiales, las órdenes generales y las proclamas que se dirigían a las tropas y al país vasco-navarro. En el año de 1835 fué promovido a Brigadier y en el de 1837 a Mariscal de Campo; ejerció el cargo de Comandante General de los carlistas navarros; dirigió una atrevida expedición por ambas Castillas, entrando en Valladolid, en Segovia y en La Granja, llegando hasta Las Rozas (ya a tres leguas de Madrid), y era Ayudante de Campo de Carlos V cuando al concluirse la primera guerra civil emigró, habiendo conquistado en dicha campaña, entre otras condecoraciones distinguidas, la segunda Cruz de San Fernando y las encomiendas de las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica.

En el año de 1845 publicó el General Zaratiegui su precioso libro titulado *Vida y hechos de Don Tomás de Zumalacárregui*, modelo de obras militares, perfectamente escrita, con admirable orden en las ideas, sencillez y claridad en la narración, propiedad y corrección en el lenguaje, facilidad en la dicción, naturalidad y concisión en el estilo.

Del General de Artillería *D. Antonio de Brea* también hemos publicado la biografía en nuestra obra *Cruzados Modernos*, así que habremos de circunscribirnos ahora a recordar que era andaluz; que hizo sus primeros estudios en el Real Colegio de Seminaristas Nobles; a los catorce años de edad ingresó como Caballero Cadete en el Real Cuerpo de Artillería, en el cual era ya Comandante cuando acudió al campo carlista; ganó la Cruz de San Fernando en la gloriosa guerra de Africa; se distinguió peleando contra los revolucionarios en 1856, en 1866 y en la batalla de Alcolea, y era, además de la de San Fernando, caballero de las órdenes de San Hermenegildo, de San Juan, de Carlos III, de Isabel la Católica y del Mérito Militar, cuando solicitó y obtuvo su licencia absoluta al proclamarse la República en Madrid, ingresando poco después en el Ejército carlista del Norte, en el que ascendió a Teniente Coronel por la victoria carlista de Puente-la-Reina; a Coronel, por el sitio de Bilbao; a General de Brigada, por la

defensa de las costas carlistas contra la Marina de Guerra; y a General de División por relevantes servicios prestados después de la campaña, en la que ejerció el alto cargo de Jefe de Estado Mayor de Su Alteza Real Don Alfonso de Borbón y de Austria, Conde de Caserta, y durante la cual ganó la Gran Cruz de la Orden del Mérito Militar, la Encomienda de la de Carlos III, y las medallas de Carlos VII, de Montejurra, de Vizcaya y de la Costa Cantábrica.

El General Brea se distinguió ya como escritor desde la remota época en que era aún Cadete de Artillería, como así se consigna en la magnífica obra titulada *La Vida Militar en España*, debida al Comandante de Artillería D. José Cussachs y al de Infantería D. Francisco Barado, pertenecientes ambos al Ejército alfonsoino. Entre sus numerosos escritos merecen especial mención una novela titulada *Un noble y un bastardo*; los artículos publicados en varias revistas e ilustraciones con el título de *Recuerdos Militares*, y sus estudios sobre *La batalla de Alcolea* y sobre *La Campaña de Somorrostro*, cuya excelente Memoria ganó el premio ofrecido por D. Jaime de Borbón en el Certamen celebrado en Madrid el año 1896 para conmemorar la primera fiesta carlista del día 10 de Marzo, consagrada a los Mártires de la Tradición Católico-Monárquica. Pero lo que más afirmó su reputación en esta clase de trabajos fué su *Campaña del Norte de 1873 a 1876*, obra verdaderamente notable que le valió general aplauso, honrándole Carlos VII con el siguiente hermoso autógrafo:

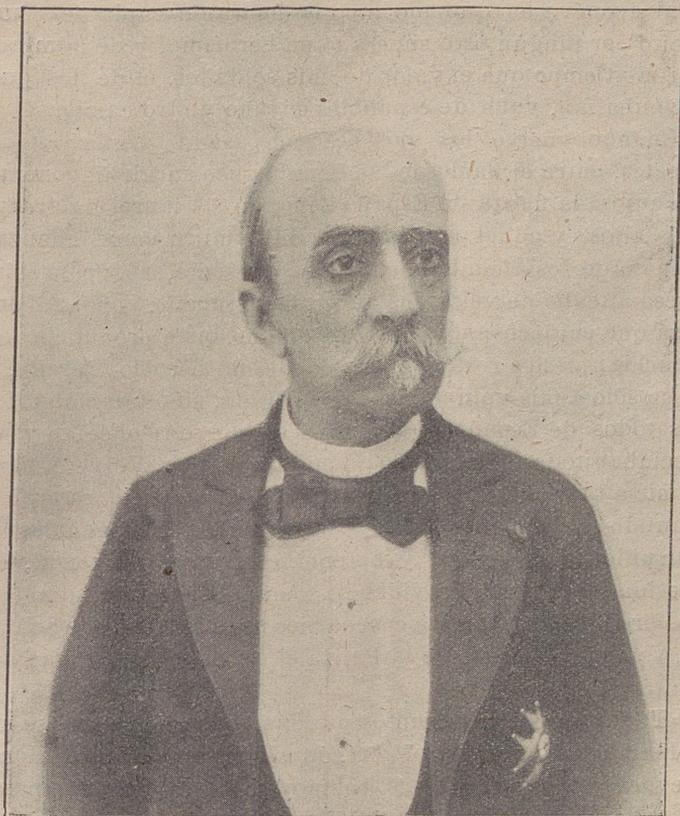
«Al General Don Antonio de Brea.

»Venecia 24 de Febrero de 1898.

Mi querido Brea:

»Falcó (1) me remite desde Barcelona el primer ejemplar salido de las prensas de la *Biblioteca Popular Carlista* de tu *Campaña del Norte*. Sin esperar a leerlo, y antes, por consiguiente de poderlo juzgar con más detalles, quiero apresurarme a decirte el placer que su sola vista me ha causado. Aunque no conozca bien todavía el libro, conozco tu lealtad, recuerdo tu

(1) D. Juan Bautista Falcó, Director de la *Biblioteca Popular Carlista*, editor de la *Campaña del Norte de 1873 a 1876* del General Brea.



Excmo. Sr. D. Antonio de Brea

General de Artillería Carlista

Autor de la «Campaña del Norte de 1873 a 1876»

espíritu militar y tu acendrado patriotismo, y sé que la obra ha de ser digna de tu nombre y de las altas empresas que en sus páginas te has propuesto narrar.

•Imposible te habrá sido, dado el tamaño del libro, hacer un estudio detallado absolutamente de todas las operaciones militares en que tomamos parte, ni enumerar todos los hechos heroicos de aquella campaña. Pero bueno es que haya siquiera un índice razonado y un compendio cronológico de la in-

mortal epopeya en que me cupo la honra de capitanear un Ejército por ningún otro superado en heroísmo, y de admirar al mismo tiempo que el valor de mis soldados, el de los que nos combatían, valor de españoles en uno y otro campo.

»Cuando vuelvo los ojos a aquel pasado de gloria y de combates, entre el humo de las batallas veo surgir imponente y grandiosa la figura de España cifiendo de laurel la frente de sus hijos, y aquel pasado me permite mirar con confianza, en medio de los afeminamientos del presente, a lo porvenir. Por eso al cabo de veintidós años puedo repetir, con igual entereza que entonces, aquel *volveré* que me oíste pronunciar en Valcarlos ante los restos gloriosos de mi heroico Ejército, y que no sólo a mis voluntarios iba dirigido, sino también a los hijos todos de España, que entonces me desconocían y no apreciaban toda la extensión de mi patriotismo. Volveré, para redimir a todos ellos, para dignificar el uniforme, para probar al mundo que sólo nos falta a los verdaderos españoles el estar unidos para exigir y obtener el respeto universal, sin necesidad de que la Providencia, como Madre irritada con hijos predilectos, venga a enseñarnos nuestro deber de soldados, volando en aguas de la Patria el pabellón de los que nos insultan (1).

»Todos estos pensamientos y todas estas esperanzas se me agolpaban a la mente y al corazón al recibir tu libro. Horas de evocaciones y recuerdos conmovedores prométome pasar con su lectura. Hoy no he tenido tiempo más que para recorrer con María Berta los muchos retratos y láminas que contiene, explicándole a ella que tanto se interesa por nuestras glorias nacionales y que tan hondamente siente a la española, las hazañas y servicios de cada uno de aquellos compañeros de armas que pasaban ante nuestros ojos. ¡A cuántos de ellos tendremos que recordar en la luctuosa fiesta del diez de Marzo! ¡Cuántos otros con quienes la muerte ha sido menos misericordiosa (por fortuna, muy contados) han renegado de la bandera que juraron, tanto menos dignos de perdón cuanto

(1) Se refiere a la voladura del acorazado norte-americano *Maine* ocurrida por entonces en el puerto de la Habana.



Excmo. Sr. D. Ramón M.^a Narvaez

Primer Duque de Valencia

a lo que pasaba en el campo que a los dolores de su herida, pide que de aquella misma manera le lleven al frente de las guerrillas; se opone el médico, pero Narvaez se incorpora irri-tado sobre su lecho de campaña y manda imperiosamente a los soldados que le obedezcan.

» ¡Mi coronel, exclama el médico, que va su vida en esta locura! = ¡Eso a V. no le importa, responde Narvaez, sálvese la honra del Regimiento de la Princesa y muera después su Coronel. Las cosas no se dejan a medio hacer! = Le conducen a las filas, anima a los soldados arengándoles; le reconviene el médico porque esfuerza la voz demasiado, con lo cual aumenta el peligro de la herida; pero volviéndose enojado el Coronel a su interlocutor, le dice: ¡Más le valiera haberme puesto estos malditos parches más apretados, para que no se bajasen y me taparan los ojos para no ver bien lo que hace el Batallón! = En el momento en que sus soldados se apoderaron al fin de las Ventas, mira Narvaez sonriendo al médico, le llama, le abraza, inclina la cabeza sobre su pacho y le dice: *Ahora, camarada, V. es quien manda. Perdóneme V.; me siento muy malo; haga V. lo posible porque no me muera, que aunque le dije que me importaba poco la vida, fué nada más que GUASA.* »

Finalmente: en el segundo de los tres capítulos dedicados por D. Reynaldo de Brea en sus *Recuerdos Carlistas* a Don Bruno de Villarreal se hace constar que el feliz éxito alcanzado por las armas carlistas en estas operaciones de Arlabán, debióse en gran parte a aquel ilustre General carlista, no solamente por su arrojo y lo acertado de su mando, sino que también porque fué de él de quien se asesoró el General en Jefe Conde de Casa-Eguía para la dirección y entendidas disposiciones del día segundo, y definitivo, de aquellos memorables combates.

En los días 21 al 26 de Mayo de aquel mismo año de 1836 libráronse en aquella línea de Arlabán nuevos combates cuyo éxito parcial fué vario; pero cuyo resultado definitivo volvió a ser favorable al General en Jefe carlista Conde de Casa-Eguía, pudiendo así vanagloriarse éste de haber frustrado aspiraciones de popularidad matritense toda vez que el General en Jefe isabelino D. Luis Fernández de Córdova acabó por retirarse otra vez a Vitoria, a pesar de que es fama que em-

prendió estas otras operaciones de Arlabán para cumplir promesa que había dado de penetrar en la villa de Oñate, convertida por entonces en Corte de Carlos V, quien con tal motivo premió la pericia del General Conde de Casa-Eguía con la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III.

El General Córdova, al salir de Vitoria para operar por Villarreal y Arlabán, pretextó que se proponía tomar y destruir unas fortificaciones que decía poseían los carlistas por aquella línea. Comenzadas las operaciones en 21 de Mayo, duraron hasta el día 26, con incesantes encuentros en empinadas y escabrosas montañas vestidas de nieve, sin población ni abrigo, sufriendo ambas huestes contrarias el frío y la lluvia. Pero es el caso que nada existía por allí de la línea de fortificaciones supuesta por el General Córdova, así es que después de recorrer montes sin otro resultado práctico que alentar el ánimo de los soldados de su mando, que hallábase a la sazón algo decaído, el caudillo isabelino, sin realizar su amenaza de penetrar en la Corte carlista y sin tampoco poder destruir ninguna obra de fortificación digna de tanto fuego y tanta sangre, retrocedió a Vitoria a los cinco días de su salida de dicha capital, habiendo perdido unos seiscientos hombres, mientras que sus enemigos, que no habían llegado a sufrir tantas bajas, se quedaban tranquilamente en las mismas posiciones que fueron teatro de tan sangrientos combates y de crueles excesos de la soldadesca liberal.

El General Marqués de Mendigorria, en su obra *Mis Memorias Intimas*, sostiene que constituyeron aquellas segundas operaciones de Arlabán un gran triunfo para su hermano mayor, el General en Jefe isabelino D. Luis Fernández de Córdova; pero nosotros no podemos menos de disentir de su opinión, por más de que (prescindiendo de prejuicios políticos, como es costumbre nuestra al discurrir sobre hechos de la vida militar) podemos declarar que ello lo decimos hasta casi con pena; porque la verdad es que desde que en nuestra infancia empezamos ya a deleitarnos con los recuerdos belicosos, siempre nos ha sido extremadamente simpática la noble y arrogante figura de aquel ilustre, joven y heroico caudillo del Ejército isabelino del Norte, a quien reputamos por una legi-

tima gloria militar de la historia contemporánea de nuestra patria, y en quien hasta lo romántico y sublime de su amor como caballero, y lo prematuro de su fallecimiento, hacen como resaltar más y más sus relevantes dotes de arrojado y entendido militar, de ilustrado y castizo escritor, reconocido por propios y extraños como prototipo de hidalgúia.

El mismo Marqués de Mendigorria reconoce que ni aún en el mismo campo liberal fué unánime el aplauso a su hermano mayor (digno, a nuestro juicio, de mejor suerte) ya que en la página 403 del tomo primero de su obra anteriormente citada dice textualmente: *Tales fueron aquellas memorables operaciones de Arlabán que dieron a mi hermano en el ejército una reputación inmensa, elevando su prestigio militar hasta el más alto grado que jamás alcanzó. En el país no obtuvieron iguales efectos ni produjeron la misma resonancia, por el completo desconocimiento en que estaba la opinión, y el Gobierno mismo, de la naturaleza de la guerra, y más especialmente de la carencia de medios en que se encontraba el ejército para obtener resultados decisivos.*

..... Se acusó primero a mi hermano de no haber entrado en Oñate el 22 al encontrarse sobre las cumbres de San Adrián, y luego de su regreso a Victoria.

En fin: el Académico de la Real de la Historia, D. Antonio Pirala, significado toda su vida por su entusiasta adhesión a la Causa liberal, declara que al igual que en las primeras operaciones de Arlabán ya descritas, tampoco fué en estas otras de aquella misma línea muy afortunado aquel bravo caudillo, mucho más digno, sin embargo, de un monumento que los héroes de ocasión y los ídolos del sectarismo, a algunos de los cuales los liberales han levantado estatuas.

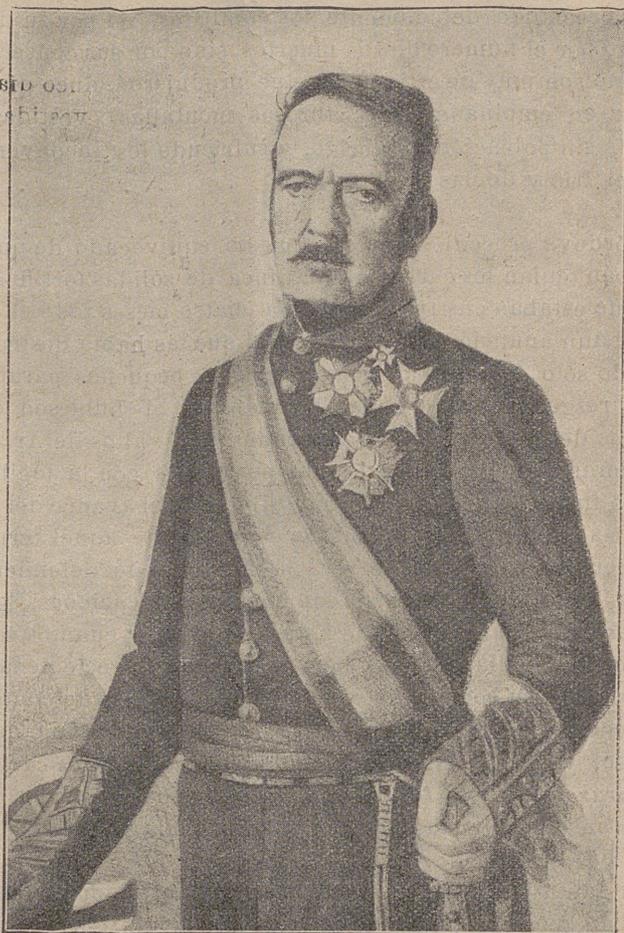
He aquí algo (no todo, por no cansar demasiado a nuestros lectores) de lo que con el título de *Consecuencias de las operaciones de Arlabán y observaciones sobre las mismas*, dice el ya referido escritor liberal Sr. de Pirala en el capítulo XXVIII del libro VI del tomo segundo (edición de 1868) de su *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*:

«Apreciando debidamente los combates, no por su duración ni por el número de sus muertos, sino por sus consecuencias, no son muy de estimar las que produjeron cinco días de pelear en empinadas y escabrosas montañas, vestidas de nieve, sin población ni abrigo, y sufriendo los inconvenientes del frío y de las lluvias.

Córdoba procedió bajo el supuesto equivocado de que en Arlabán tenían los carlistas una línea de sólidas fortificaciones que estaba construyendo hacia cuatro meses todo el ejército, y aun anunció en su parte oficial que las había destruído, cuando sólo encontró algunas zanjas y pequeños parapetos para resguardarse algunas compañías. Si hubiesen existido las decantadas líneas fortificadas en los altos de Arlabán ¿hubieran sido tomadas algunas posiciones con la facilidad que lo fueron? ¿No hubieran imposibilitado el avance del ejército isabelino? Con sólo conocer ligeramente aquel terreno, que hemos examinado, se verá la facilidad de defenderle y hacer imposible su conquista con buenas fortificaciones. Eguía, D. Carlos de Vargas, jefe de Estado Mayor, y cuantos se hallaron en aquella acción y hemos consultado recientemente, apelando a su conciencia y veracidad, han estado contestes en decirnos que nunca existió la línea atrincherada que se supuso, y de que tanto se ha hablado, y que *ni los carlistas dispararon un solo tiro en su defensa*. Y al reconocer el terreno no hemos visto la menor traza de ellas.

Si tanta importancia tenían las cumbres empinadas de Arlabán ¿por qué no quedó en ellas Córdoba? ¿Por qué tanto apresuramiento de volver a Vitoria? ¿Cuánto más no habría podido estrechar desde ellas el territorio enemigo? A menor distancia de Ewans, con más facilidad de poseer a Guevara o dominarle, y casi a las puertas de Vitoria, que podía continuar siendo el cuartel general, se habría preparado así a una invasión simultánea de toda la línea carlista.

Las carlistas no experimentaron en estos combates otra pérdida que la material de hombres; y si bien temieron el gi-



Excmo. Sr. Marqués de Bóveda de Limia

General Carlista

ro de la lucha al ver enseñorearse al enemigo de sus puntos
avanzados, se entregaron a una alegre confianza cuando les
abandonaron tan considerables fuerzas y se replegaron a la
llanura.

.

Las acciones de Arlabán han sido y serán siempre objeto de reclamaciones. A los que se apoyan en los partes oficiales les contestaremos que, en lo general, nos merecen escaso crédito, porque documentos de mas fe los contradicen, y *porque de atenernos a los partes de la Gaceta liberal de Madrid, no hay razón para desechar los de la Gaceta carlista de Oñate.*»

Pasemos ya a detallar aquellas famosas operaciones. El día 21 de Mayo de 1836 el General en jefe isabelino llamó la atención del General en jefe carlista distrayéndole algunas fuerzas del centro de la línea, avanzó hasta Salvatierra con las divisiones de los generales Méndez Vigo y Espartero; habiéndose situado el General Eguía para entonces en los puntos de Traya, Narvajas, Zalduendo y Arriola, al pie de los montes que desde los Pirineos descienden por aquella parte, habiendo pasado las tropas liberales a situarse en Alegría alejándose de los fuegos del castillo carlista de Guevara. Comprendiendo el General Eguía que la posición que ocupaba iba indudablemente a ser embestida, dispuso que se le reuniesen algunos batallones, cuatro piezas de artillería y un pequeño número de caballos; si bien previniendo que para la guarda de Arlabán quedasen tres batallones castellanos y en Villarreal uno navarro, todos con el fin de defender las posiciones caso de ser inopinadamente atacadas.

Observada por el General Córdova la reconcentración de las fuerzas carlistas en los campos de Galarreta y Arriola, no titubeó en emprender la embestida. Probó el General carlista Villarreal de contener con los suyos el ardoroso ataque de los isabelinos, empero como éstos en muy superior número cargasen con furor, hubo de replegarse el General carlista al puerto Sur Cruz, sobre Arriola. Reforzó el General Eguía al General Villarreal, y como ya entonces el terreno y el refuerzo equilibraron las fuerzas de los dos bandos contendientes, el combate se empeñó con igual obstinación y bravura por unos y otros. El fuego de fusilería se hizo intenso desde el borde de los varios barrancos que cortan aquellas escabrosidades. Diéronse por una y otra parte cargas a la bayoneta, de mayor o menor éxito ya para la una, ya para la otra fuerza combatientes, entre tanto que era incendiada por los isa-

belinos la fábrica de Araya; por fin, las tropas liberales se hicieron dueñas de aquella posición, si bien fué ello cuando ya la noche impedía seguir activamente la empeñada lucha.

Reconcentradas entonces las fuerzas isabelinas en las cercanías de Araya, el General Conde de Casa-Eguía apiñó al mismo tiempo las suyas en derredor de Oñate, para defender dicha población en el caso de ser atacada, como se lo temía por haberlo prometido así el General en Jefe enemigo. En efecto: al amanecer del día 22 emprendió el ejército isabelino su marcha sobre la citada Corte de Carlos V; pero tropezó con un Batallón de carlistas navarros que formaba parte de la vanguardia del Conde de Casa-Eguía, que estaba bien posicionado, a cuya cabeza encontrábase los intrépidos generales carlistas Villarreal e Iturralde, y que opuso una resistencia heroica a los liberales. Entonces el General en Jefe isabelino varió de rumbo, y se dirigió por los puertos de Narvajas, Larrea, Ozaeta y Elguea, sorprendiendo a los carlistas con esta marcha inopinada, a la cual no se opusieron, por preferir el General en Jefe carlista mantenerse en observación de su contrario, cerca de él, pero sin combatir hasta conocer bien su nuevo objetivo ya que parecía desistir del de procurar apoderarse de la corte carlista.

El General D. Miguel Gomez, a quien con anterioridad había situado el General Conde de Casa-Eguía en la Venta de Ulibarri, se hallaba al frente de una División con el objeto de defender, si era necesario, a la población de Villarreal, sostener expeditas las comunicaciones con el Castillo de Guevara, y no perder de vista las avenidas de Vitoria.

Serían las cuatro de la tarde del día 23, cuando el Gobernador del castillo de Guevara notificó al General carlista Gómez la dirección que los isabelinos habían tomado y, por consiguiente, que era probable que apareciesen por la espalda o retaguardia de su posición. El citado General carlista envió inmediatamente a un Ayudante de Campo a observar al enemigo, y no bien llegó aquel oficial al alto de Anquita, cuando pudo ya ver las guerrillas liberales coronando la cima de tan importante posición a la cual habían podido llegar sin encontrar ningún carlista en su camino, gracias a lo imprevisto del

cambio de su marcha sobre Oñate. Con el aviso de esta novedad dispuso el General Gómez que sus batallones pasasen desde la venta a situarse en lo más alto de la sierra de Arlabán, desde donde, efectivamente, descubrieron los carlistas a las tropas del General Córdova, que avanzando en numerosas, nutridas y bien ordenadas columnas se dirigían hacia la ermita de Archaroche, sobre Escoriaza, como si pretendiesen pasar a la provincia de Guipúzcoa. La noche paralizó las operaciones, acampando las tropas de uno y otro bando allí donde la conclusión del día hubo de sorprenderles, imposibilitando, de momento, la prosecución de sus respectivos movimientos estratégicos.

Escasamente alumbraba la aurora del día 24, cuando la división del General isabelino Espartero atravesó el camino real y fué a tomar posición en una de las muchas eminencias de la sierra de Arlabán, descendiendo después por el camino que desde Elguea conduce a Salinas de Guipúzcoa; lo restante del Ejército liberal continuó su marcha por las cordilleras de Arlabán y Jarindo, a caer sobre Villarreal de Álava.

A las ocho de la mañana llegó el General en Jefe carlista Conde de Casa-Eguía a la posición que ocupaba el General carlista Gómez con su División, estableciendo inmediatamente una línea cuya derecha apoyaba frente al primer descenso de la cuesta de Salinas, el centro en Manlanda, y la izquierda delante de la ermita de Archoroche; habíase también situado un batallón carlista con un cañón y un obús en el camino real que se halla entre Manlanda y Castañares; y, por último, las compañías de granaderos y de cazadores de la División castellana fueron destinadas a atacar el flanco y la retaguardia de la División isabelina situada en el alto de Anquita.

Momentos después de la reunión del Conde de Casa-Eguía con el General Gómez, la acción se generalizó en toda la extensión de la línea, si bien el fuego no era tan intenso como el primer día de estos combates. Las once serían cuando las tropas del General Córdova descendieron de sus posiciones y llegaron a Salinas, y aun algunos batallones se adelantaron hacia Manlanda; empero, como arremetiesen contra ellos algunas fuerzas del General Conde de Casa-Eguía, retiráronse los li-



Húsares carlistas de Arlabán

berales, replegándose a las posiciones de donde habían partido.

Hasta las seis de la tarde permanecieron los isabelinos en Salinas, marchando luego de aquel punto a reunirse con los demás que estaban en las posiciones de la sierra. Inmediatamente fueron aquellas tropas atacadas rigurosamente por un batallón de carlistas alaveses, al que siguieron la mayor parte de las tropas del Conde de Casa-Eguía. Trataron los liberales de contener aquel ataque, haciendo que dos escuadrones flanqueasen a los carlistas al mismo tiempo que rompía la Infantería un vivo fuego sobre los carlistas atrevidos que se acercaban a las posiciones del General Córdova; los carlistas, sin embargo, continuaron firmes en su arriesgado propósito, y como hombres harto valerosos despreciaron la Caballería, y sin arredrarles un solo instante el horroroso fuego que se les hacía no cejaron en la lucha y al fin lograron posesionarse de la altura de Anquita. De este modo, sucediéndose las cargas a la bayoneta por una y otra parte, avanzó la noche hasta el

extremo de oírse las nueve de ella entre el estruendo de la fusilería. A dicha hora, los dos ejércitos combatientes, extenuados de fatiga, hambrientos, y sufriendo un frío terrible, acamparon en sus respectivas posiciones. La Legión portuguesa habíase unido en la mañana de aquel día al Ejército liberal; en cambio las carlistas no habían recibido ninguna clase de refuerzos desde que habían principiado aquellas segundas operaciones de Arlabán, del mes de Mayo del año 1836.

Un nuevo día, el 25, llegó aún sin que las tropas pudiesen descansar de tantas fatigas y combates. Después de la diana el General Córdova reconcentró todas sus huestes, y haciéndolas tomar posiciones de valer, emprendió al fin su retirada, cubriendo el flanco izquierdo el pueblo de Villarreal, que con mil hombres lo había guarnecido la noche anterior, y protegiendo el flanco derecho los montes de Ulibarri-Gamboa. Colocó entonces el General Conde de Casa-Eguía sus tropas en las cordilleras de Jarindo, haciendo que el General Villarreal, con un Escuadrón y un cañón de a ocho, siguiese de cerca la marcha del Ejército isabelino; y esto, más por divertimento o por costumbre que por perseguir ningún objetivo de importancia, pues harto podía vanagloriarse con el ya conseguido de ver retirarse aquel gran ejército sin haber logrado ningún resultado práctico a pesar de la sangre derramada y de las penalidades sufridas. Los movimientos propios de la retirada del Ejército liberal y de su consiguiente persecución por el carlista (aunque flojamente, porque también éste hallábase muy atropellado por la fatiga) invirtieron aquel día, vivaqueando unos y otros aquella noche como en las anteriores. El General en Jefe isabelino D. Luis Fernández de Córdova con sus divisiones tornó en la madrugada del día 26 a Vitoria, y el General en Jefe carlista Conde de Casa-Eguía se quedó con sus tropas en los pueblos y posiciones que tenía costumbre de ocupar cuando el Cuartel General enemigo se encontraba en la capital de Álava.

Carlos V creó una Medalla de distinción con que honrar el pecho de sus bravos soldados conmemorando, al propio tiempo, aquella brillante victoria alcanzada por sus armas sobre

tan numeroso y aguerrido Ejército liberal dirigido por bravo y entendido caudillo.

Examinadas las más importantes obras relativas a las guerras carlistas, solamente encontramos digno de especial recuerdo, como ampliación a todo lo anteriormente expuesto, lo que a continuación se expresa: En el segundo de los tres capítulos dedicados al ilustre General carlista D. Bruno de Villarreal por D. Reynaldo de Brea en sus *Recuerdos Carlistas*, leemos lo siguiente: «En el combate ocurrido por el mes de Mayo de 1836 en el puerto de Arriola y Galarreta, el General carlista Villarreal logró alentar a sus tropas, próximas ya a ser vencidas, y, uniendo a la exhortación el ejemplo, salvó con un esfuerzo desesperado el honor de sus armas, recibiendo tan animoso General carlista aquel día tres balazos en la ropa, y resultando herido su caballo.—Dos días después, en aquella misma línea de Arlabán, el General en Jefe carlista Conde de Casa-Eguía se halló en gran peligro, porque mientras el General en Jefe liberal D. Luis Fernández de Córdoba le atacaba de frente, el General Espartero le envolvía por el flanco izquierdo; pero llegó el General Villarreal a tiempo de notar aquel conflicto, y aunque sólo llevaba consigo el batallón 5.º de Alava, rompió acto seguido el fuego contra la división del Brigadier isabelino Escalera, que ocupaba el alto de Anquita, y al sentir los generales Fernández de Córdoba y Espartero que se hacía fuego sobre su retaguardia, replegaron sus fuerzas al alto de Salinas. Don Carlos María Isidro de Borbón, apreciando en lo mucho que valían los relevantes servicios prestados por el General Villarreal en las acciones de la línea de Arlabán, le concedió, con fecha de 28 de Mayo, la Gran Cruz de la Real y Americana Orden de Isabel la Católica.»

En las páginas 391 y 392 del tomo primero de la obra del General Marqués de Mendigorria titulada *Mis Memorias Intimas*, encontramos detalles tan interesantes como estos: «En uno de aquellos combates de Arlabán (del mes de Mayo de 1836) fué herido, haciendo nobles esfuerzos, el General enemigo D. Simón de la Torre, que hizo frente a las tropas que conducía Espartero, defendiendo una de las posiciones más



Excmo. Sr. D. Manuel de Staricó

Brigadier Carlista

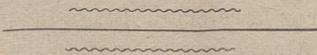
elevadas. Había ya perdido su caballo, y al montar otro, hízole una bala caer en tierra hiriéndole en un pie. Villarreal, de quien él era el amigo más querido, acudió a sostenerle con tres batallones

»Debo decir que los jefes carlistas hicieron en aquellos días esfuerzos personales superiores a todo elogio, y que fué el primero en dar el ejemplo Villarreal, que animaba a sus acosadas fuerzas con aquel valor frío y grande de que tantas pruebas dió en toda la guerra.

»Formaba el Regimiento de Gerona una de las columnas, y venció a otra enemiga a costa de pérdidas sensibles, entre las cuales debo recordar la de su Coronel O'Donnell (el que luego llegó a ser Capitán General y Duque de Tetuán), quien en aquella posición inmediata á Galarreta lanzóse al ataque caladas las armas, y en el momento de decidirse la refriega cayó con el brazo izquierdo atravesado y roto. No sé si será ocioso recordar aquí todo el mérito del insigne jefe O'Donnell, tan conocido de todos; sólo consignaré que en aquella época se hacía notar por la sonrisa que adornaba sus labios en los momentos de mayor peligro; por aquella misma sonrisa que causaba años después la desesperación de sus contrarios en el Parlamento.

»Sufrimos en aquel ataque (el del 21 de Mayo de 1836) otras pérdidas muy dolorosas. A cuatro pasos de mí murió el simpático Capitán Malibrán, Ayudante de Campo de mi hermano (el General en Jefe del Ejército Isabelino), joven de gallarda figura, de raro valor, de un trato ameno y distinguido y perteneciente a una noble y rica familia de la Habana. Una bala en la cabeza le dejó muerto, sin articular ni una palabra. Malibrán y Santiago, que había sucumbido antes, eran amigos; ambos se llamaban Fernando, vivían en la intimidad, y los dos, jóvenes, de interesante figura, elegantes, apuestos, entusiastas y de porvenir en la milicia, estaban enamorados y comprometidos con dos hermanas de Vitoria, de mucha belleza, para las cuales fueron bien funestas aquellas sierras de Arlabán. También cayó aquel día para no levantarse más el hijo del General Oráa, oficial de grandes esperanzas, de porvenir sonriente, tan joven e interesante como Malibrán y Santiago, y en quien todo el mundo veía al heredero de las grandes cualidades de su padre. Al atacar con un regimiento otro navarro establecido en fuerte posición, una bala le atravesó los

pulmones, cuando con la voz de mando comunicaba su propio ardor a los soldados que dirigía. ¡Cuántos oficiales brillantes, de igual mérito, sucumbirían en uno y otro bando, cuyo heroísmo quedará ignorado para la historia! Aunque en anterior combate, en el mes de Enero, no dejaré yo olvidados para ella los nombres queridos de tres compañeros míos de la Guardia Real, que murieron en el campo carlista sobre las mismas posiciones de Arlabán, defendiéndolas contra nosotros a la cabeza de los batallones que mandaban. El más joven, D. Vicente Ferrer de San Jordi, fué mi mejor amigo de la primera juventud, y quizá el más valiente de todos. Cuando se batía en duelo, lo que era en él muy frecuente, dejaba siempre a su contrario la elección de armas, del sitio y de la hora. En aquella posición murió Thous, más viejo y veterano, pero no menos estimado. Y en aquel mismo día, en fin, y sobre el propio terreno, sucumbió Aguirre, el bravo jefe del famoso batallón carlista llamado del *Requeté*.»





XVI

Ulldecona

(18 Junio de 1836)

Victoria obtenida por el Brigadier carlista Cabrera sobre el Brigadier liberal Iriarte.

Encontrábase el día 15 de Junio del año 1836 en Onda el Brigadier carlista D. Ramón Cabrera cuando recibió un oficio del comandante de Infantería carlista D. Pedro Beltrán en el que le daba parte de la llegada al antiguo Corregimiento de Tortosa de la Brigada isabelina de Iriarte. Con tal novedad salió el Brigadier Cabrera para Alcalá de Chisvert y allí supo ya que en la tarde de aquel mismo día 16 era esperada en Vinaroz la referida Brigada; pernoctó el referido jefe carlista en Alcalá, y a la mañana siguiente, después de racionada su tropa salió para Calig, en donde sus confidentes le enteraron de que el Brigadier liberal Iriarte había salido a las dos de la tarde para Ulldecona al mando de unos mil ochocientos o dos mil soldados, dos compañías de voluntarios (llamados generalmente *peseteros*), cuarenta caballos y una pieza de artillería.

Con aquellas noticias, continuaron a las cinco de aquella misma tarde los carlistas su marcha, dirigiéndose ya desde luego a Ulldecona, y quedando acampados a una media hora de distancia de dicha población, pasaron la noche en unos

bién ser el único que le ha penetrado, excepto la que le ha inspirado, pero de esto no estoy muy seguro, pues no comprendo bien el carácter de esa joven. .

—En efecto, Adelardi, es un carácter que hombres como nosotros no tenemos con frecuencia ocasión de estudiar.

—Convenido; y por eso se ha fascinado y fijado vuestra móvil fantasía. Además, a pesar de las apariencias que podrían conjeturarse de ese cuadro, vuestro encuentro ha sido casual, y lo que menos podíais esperar era encontrar aquí, en vuestra casa, a Cordelia de otro modo que en pintura.

—En eso no adivináis. pues yo os lo he dicho.

—Sí; pero yo os he creído, lo cual no hubiera hecho quizá otro menos práctico. Ahora bien, ese encuentro sorprendente e imprevisto ha dado a vuestra fascinación precedente e aspecto de una especie de destino, de suerte fatal. .

Jorge, sin interrumpirle, se ruborizó recordando las palabras que poco antes había dicho Florángel.

—Fatal, —prosiguió Adelardi, —significa irresistencia, y esto quiere decir que sin vacilar, sin escrúpulos ni remordimientos, tratáis de abusar del ascendiente que sabéis ejercitar tan bien: eso quiere decir en fin...

—Acabad.

—Mirad, Jorge, los sermones me sentarían mal, y no me atreveré por tanto a dirigirlos; mas aunque debáis encontrar extraño en mis labios lo que voy a deciros, os declaro que tender un lazo a esa noble criatura, o manchar siquiera con una palabra la aureola de honradez y de pureza que la circunda, sería a mis ojos una infamia.

—¿Y me creéis capaz de ella? Gracias, Adelardi.

—Juradme que no habéis tenido tal pensamiento, que no pensáis. .

—¿En qué?

—En ella.

—¿En ella? No puedo jurarlo; pero me extraña que me creéis absolutamente incapaz del respeto que a vuestro pesar la manifestáis vos, poco acostumbrado a ello generalmente.

—Entonces, ¿en qué pensáis, Jorge? —Y viendo que después de una breve pausa éste no respondía, prosiguió con tono más

grave:—Querido amigo, cuando se tienen cuarenta años, es decir, unos quince más que vos, puede uno creerse autorizado para deciros que si entre una infamia y una locura es preferible la última, sería, no obstante, bueno reflexionar que las mejores son las más cortas, y las peores son las irreparables.

—Nos olvidamos de nuestros papeles, Adelardi: ni tengo confesiones ni revelaciones que haceros, ni vos consejos que darme. Habéis ofrecido no decirme lo que debo hacer, sino predecirme lo que haré.

—Pues bien, allá va mi predicción, dictada tanto por lo que deseo como por lo que preveo: os desharéis de la locura que os seduce, y cumpliréis la palabra que os empeña.

—Palabra,—dijo Jorge con acento sombrío,—que sin duda os habrá encargado mi madre recordarme.

—No tal: os hablo como amigo, y espontáneamente; creed que si lo hiciera de parte de vuestra madre, os lo diría.

—Verdad es que no lo necesita, porque ya se encarga ella de hacerlo con sobrada frecuencia, pues esa supuesta promesa hace ya tiempo que es su idea fija.

—¿Supuesta?

—Sí, supuesta, porque sobre ese asunto yo no he articulado ninguna palabra positiva.

—¿Ninguna palabra? Vamos, Jorge, sed sincero, o dejemos la conversación.

—No tal, hablemos, pues necesito dar expansión a mi corazón. Convengo en que hace dos años, cuando ví por primera vez a Vera de Liningen, quedé prendado de su belleza, y más aún seducido por su talento, y si entonces hubiera permanecido a su lado, quizá me habría sido difícil separarme de ella, en cuyo caso a estas horas indudablemente estaría fijada mi suerte: hubiera sufrido su yugo, y no sólo estaría casado, sino que también sería quizá un grande personaje en la corte, agraciado con alguna de esas dignidades a que puede muy bien aspirar el esposo de una menina favorita.

—Pues bien, querido amigo, considerando que esa menina es rica, noble y una de las personas más bellas de la corte, que en aquella ocasión os había trastornado la cabeza, y que

no ocultaba la preferencia que os tenía, no veo que eso sea una cosa temible.

—Convengo en ello, si no hubiera yo salido jamás de Petersburgo: tal vez hubiera sido feliz con esas condiciones; mas ahora, no sé si será una felicidad o una desgracia; lo cierto es que me he acostumbrado a respirar otro aire, y no podría vivir en aquella atmósfera. Mil sentimientos, opiniones y simpatías, con que poco a poco me he identificado, me harían hoy mirar la cadena de oro de un puesto en la corte como la más humillante esclavitud, y eso sólo hubiera bastado para hacer espirar en mis labios las palabras que Vera esperaba quizá, y que sabe que jamás he pronunciado. En cuanto a las suposiciones del mundo, ¿qué me importan?

—Pero convendréis conmigo en que no es ese el único motivo del rompimiento.

—No; si hay ese rompimiento, este motivo no es, en efecto, o no es ya el único.

—Me lo figuraba, y no puedo deciros en verdad cuál de los dos motivos deploro más.

—¿Sabéis, Adelardi,—dijo Jorge con impaciencia—que me parecen muy extrañas todas esas solicitudes de vuestra parte? Me dijisteis en cierta ocasión que el modo de hacerse los casamientos en Italia os ha decidido a permanecer soltero, y ahora os escandalizáis con la perspectiva de que yo escoja una mujer que no sea de mi clase, como pudiera hacerlo el marqués Trombelli.—Y al ver sonreír a Adelardi continuó:—Aun no es eso todo; lo que sigue es más original. No estoy contento con el régimen político bajo el cual me ha hecho nacer el cielo, y sois vos quien se extraña e inquieta. Permittedme preguntaros en tal caso, ¿por qué no volvéis a Milán para gozar como fiel vasallo del régimen paternal bajo el cual os permiten vivir?

La jovial expresión de buen humor que caracterizaba la fisonomía del marqués, trocóse súbitamente en grave y casi sombría, y exclamó con voz conmovida:

—Basta, Jorge.

—Perdonadme, Adelardi, pero hay verdaderamente puntos sobre los cuales no puedo concebir que no estemos de acuerdo.

Guardó silencio el marqués algunos instantes, y luego dijo, haciendo un gran esfuerzo:

—Escuchadme, Jorge: os profeso la amistad más sincera, y no dudaríais de ello si supiéseis lo que me cuesta entrar en el terreno a que nos ha traído nuestra conversación; pero acaso no os sea inútil oirme: dejadme, pues, deciros dos palabras sobre un asunto de que generalmente evito tratar: bien sabéis que en ciertos casos poseo bastante imperio sobre mí para callar, ya que no podría hablar con serenidad. Cuando yo era más joven que vos ahora, abrigué hasta el delirio, esa pasión sublime que sólo conocen aquellos cuya patria está esclavizada. Sí, —añadió con una emoción desusada, —la patria feliz, gloriosa, honrada y potente es indudablemente objeto de un culto que ningún corazón noble puede negarla; mas para que ese culto se transforme en pasión dolorosa e insensata, es preciso ver a su patria despedazada y humillada, pisada y revuelta entre el polvo; es preciso que su nombre se borre de la memoria de todos, y que se la niegue hasta el derecho de llevarla, hasta el derecho de vivir.

—En efecto, Adelardi, —replicó Jorge con el acento de la más viva simpatía, —concibo ese dolor perfectamente. Pero la Italia no es la única nación oprimida en Europa, y la casualidad que hace que un hombre pertenezca a un país opresor, no creo que le imponga la obligación de ser cómplice en sus excesos, ni le prohíba el derecho de lamentarse de ellos.

—Luego os responderé a eso. Ahora, Jorge, deja lme acabar, porque no volveremos a hablar de este particular. Bajo el imperio de esa pasión, como otros muchos de mi edad, de mi posición y de mi país, ce lí a la locura de las tentativas culpables, o al menos lo aparenté, y del mismo modo que algunos que valen más que yo, y muchos que no valen tanto, sufrí sucesivamente, como sabéis, prisión, confiscaciones y destierro. No siento esas penas, porque cuando no se puede servir a la patria, hay una especie de placer en padecer por ella: lo que siento únicamente es haberlas merecido.

—¿Merecido?

—Sí, ciertamente, porque pertenecía un día a uno de esos partidos que nos devoran. Naturalmente me creí disculpable

como otros muchos, porque el atractivo que nos arrastra es poderoso, y el objeto a que dicen dirigirnos es nobilísimo. Pues bien, Jorge...—Aquí se detuvo un instante, y luego prosiguió como si le costara gran trabajo, pero con energía:—Yo os lo aseguro; en ese partido no encontré fuerza, ni honor, ni virtud, ni lealtad, ni probidad, ni nada de lo que hace a un hombre digno de respeto o siquiera de estimación: nada, en fin, que pueda resistir al aire emponzoñado que se respira en su atmósfera maldita. Fuí castigado tarde, porque cuando me denunciaron ya había roto con ellos; mas el castigo fué justo, porque al fin pertencí a aquel bando. El acto de que más me congratulo en toda mi vida, el acto para el cual necesité más valor que para arrostrar mil veces la muerte, fué el de separarme ruidosamente y con desprecio de aquellos con quien me había asociado un momento. Desde entonces,—prosiguió paseándose con agitación mientras que Jorge le contemplaba conmovido y sin atreverse a interrumpirle,—desde entonces he corrido muchos peligros de que no os hablaré y sufrido las penas que ya sabéis. Ahora vivo aquí, lejos de mi ciudad natal, separado de todos los míos, y persuadido de que el día que cambie el destino de Italia no lucirá para mi generación, pero seguro de que llegará al fin, y sobre todo convencido de que sus enemigos más funestos no son sus opresores, por duros que sean, sino esos falsos y pérfidos amigos a quienes llama sus hermanos, y que quieren hacerse pasar por sus héroes y sus mártires. —Y volviendo a ocupar su puesto estrechó la mano del conde diciéndole: —Basta ya de mi persona: volvamos a vos, cuya situación sería absurdo comparar con la mía.

—Lo conozco. Y sin embargo, Adelardi, vos quisiérais regenerar vuestro país, y yo transformar el mío.

—Sí; pero a pesar de todas las sombras que, según decís, obscurecen su reinado, podéis estar seguro de que el soberano que hoy os gobierna, será en la historia uno de los más nobles y simpáticos representantes de ese poder supremo, tan pesado de ejercer.

—Precisamente eso es lo que me desalienta; para realizar mi sueño, sería preciso un sucesor de Alejandro I que tuvie-

ra todas sus cualidades, y ninguno de sus defectos; y conven-
dréis conmigo en que no es eso lo que el porvenir nos pro-
mete.

—No empecemos a hacer predicciones sobre este nuevo
asunto, y escuchadme solamente este postrer consejo. A pe-
sar de vuestros sueños, aspiraciones, opiniones o simpatías
exaltadas, estoy persuadido de que nada os arrastrará a to-
mar parte en vuestro país en ninguna tentativa culpable.
Creed, Jorge, a un conspirador arrepentido: huid el contacto
de los que usan casi el mismo lenguaje que vos, pero son
mucho menos escrupulosos en sus actos, y considerad que
cuando se llega a sufrir una condena, es terrible conocer que
se ha merecido por una loca imprudencia, y que no es uno
víctima de nadie sino de sí mismo.

Su larga conversación les había llevado muy lejos del ob-
jeto que la empezó, y era demasiado tarde para volver a él;
pero el marqués se propuso hacerlo en otra ocasión y lograr
de Jorge una confianza completa. Comprendía cual era el
peligro presente, miraba el deber de luchar contra él como
uno de los que la amistad le imponía, y a pesar de toda su
exquisita perspicacia no había sabido comprender que la que
le hacía nacer sabría conjurarle mejor que nadie.

VIII

Mientras que esta conferencia tenía lugar, Florángel estaba sentada en el sitio que ya conocemos, junto a su ventana, contemplando al fulgor de la luna la larga sombra de las columnas en el pórtico, escuchando el murmurio del agua, único ruido que en aquella parte turbaba el silencio de la noche, y respirando el suave aroma del azahar que embalsamaba el ambiente.

Habían transcurrido algunos meses desde el día en que el sueño secreto, oculto en el fondo de su pensamiento, había parecido transformarse un instante en realidad, aunque desvanecida tan pronto como entrevista; ahora estaba conmovida y turbada de nuevo, pero de otro modo, y más profundamente que antes. Bajo el imperio de esta emoción y de esta turbación, ¿en qué pensaba? ¿Por qué sus ojos vagaban tan tristemente en torno, cuando la noche era tan brillante y perfumada, y en sus oídos vibraban todavía palabras que, a su pesar, hacían latir su corazón con una alegría triunfante? ¿En qué pensaba? ¿Se quiere saber a qué sitio transportaba en este momento su memoria uno de esos movimientos de la imaginación, que no pueden explicarse ni dominarse? ¿Era quizá a Cascinos donde el día antes el conde Jorge estuvo tanto rato a caballo junto a la carretela de su madre? ¿Era a alguna de aquellas galerías donde más de una vez la había hecho observar maravillas ocultas a los observadores superficiales, pero tan bien comprendidas por los inspirados? ¿O bien volvía al mismo salón que había dejado, y se acordaba de aquella última mirada, de la cual había apartado la suya? No: el sitio presente en este momento a su imaginación era el jardín de la casa vieja! La luna brillaba como la de esta noche, la brisa era también suave, las flores exhalaban sus per-

fumes; pero la palabra *adiós* estaba escrita en todas partes, y transformaba en tristeza toda la belleza del panorama. ¡Adiós sin esperanza de volver! Adiós que en este momento la repetía con más doloroso acento el esplendor de esta noche de Italia. Adiós otra vez; adiós. Era claro, evidente que había necesidad de huir de estos sitios queridos, de destruir ese peligroso encanto.

Un instante, uno sólo permitió a su pensamiento contemplar la felicidad que era forzoso abandonar. Dejó a su imaginación representársela como hubiera podido ser si nada se lo hubiera vedado; y con una lucidez y una sinceridad en que no había la menor exaltación, conoció que la hubiera comprado a costa de todos los sacrificios, excepto los que su conciencia la prohibía hacer. ¡Oh! ¡vivir sin remordimientos junto a Jorge, ser su esposa, y que aunque imposible su madre consintiese en ello! Para comprar semejante situación, se decía que nada le parecería duro, y que aceptaría con entusiasmo la pobreza, los trabajos más ásperos, los sufrimientos, hasta la muerte.

Muchas personas de experiencia, al leer estas palabras, sonreirán, y dirán que esos son sacrificios imaginarios que la juventud se impone espontáneamente bajo el imperio de la pasión, pero que afortunadamente la vida real pone rara vez a prueba su sinceridad. Estamos conformes; y sin detenernos más en considerar el improbable porvenir que Florángel tanto anhelaba, haremos constar, sin embargo, que entretanto que llegaban esas pruebas imaginarias, se disponía animosamente a sufrir la que a la sazón se le presentaba realmente, y esas mismas personas convendrán con nosotros en que era la más difícil, primero porque era real y no imaginaria, y luego porque siempre ha sido más fácil hacer grandes sacrificios por amor, que renunciar a ese sentimiento que les hace tan caros y ligeros.

No cabía vacilación; era forzoso romper de nuevo el hilo de su vida. ¡Y qué rompimiento! Era preciso alejarse, y para siempre. Después de lo que acababa de pasar, ya no había para ella ilusión ni seguridad posible; permaneciendo allí, hacía traición a todos los deberes que la imponían su posición

en casa de la princesa y el agradecimiento que la debía. Sí, era preciso partir; pero ¿cómo? ¿con qué pretexto? ¿a dónde iría? ¿Y sus *hermanos*? Debería renunciar a la dulce alegría de ayudarles, para lo cual la generosidad de la princesa la facilitaba medios. Esta última idea confirmaba su resolución, pues comprendía que no debía pagar tantos beneficios causándola dolores, inquietudes y pesares. Era preciso partir a toda costa sin que la princesa sospechara el motivo y sin embargo, quería obtener su consentimiento, dificultad más que mediana, porque preveía una gran resistencia.

—¿Qué haré?—exclamaba.—Dios mío, vos me ayudaréis, pues yo no deseo otra cosa que hacer vuestra santa voluntad.

Transcurrían entre tanto las horas en esta lucha, y ya se había apartado de la ventana; mas conociendo que no podría dormir, se quitó el traje con que estuvo en el salón, vistióse una bata sencilla, y sin reparar en la hora que era, y como maquinalmente, volvió a sentarse junto a la ventana y a continuar la meditación que había interrumpido. De pronto oyó pasos en el corredor que conducía a la escalera excusada, y llamaron apresuradamente a su puerta, que corrió a abrir. Era Bárbara, agitada, que exclamó sorprendida:

—¡Cómo! ¿Todavía no os habéis acostado?

—No tenía sueño, y...

—Mejor, - interrumpió Bárbara, - porque la princesa está mala y os llama. Venid aprisa, señorita, pues bien sabéis que me asusto tanto cuando la veo así, que pierdo la cabeza.

Antes que Bárbara acabase de hablar, estaba Florángel al final del corredor y dos segundos después, a la cabecera de su señora, que entraba en una de las grandes y dolorosas crisis que padecía, y que desde su llegada no la había atacado. En un momento recordó todas las instrucciones del doctor Leblanc, y su actitud se transformó: en lugar de esperar y obedecer, ella era quien mandaba y a quien obedecían, y su tranquila firmeza apaciguó la especie de espanto que se apoderaba de toda la servidumbre cuando la enfermedad invadía el suntuoso recinto en que moraban. Jorge mismo participaba del terror de los demás: acudió el primero junto a su

madre, y sostenía su cabeza inclinada procurando asirla las manos agitadas por un movimiento convulsivo; pero poco acostumbrado a este espectáculo, temblaba a pesar suyo, y su valor habitual no le servía de nada. Florángel lo observó y le hizo seña para que le cediera el puesto, o por mejor decir, le tomó sin que pudiera impedirselo él, que se quedó inmóvil a su lado, mientras que con cierta habilidad conseguía dominar el terrible acceso.

—Habladla,— dijo Jorge: — cuando oye vuestra voz o siente vuestra mano, se calma al instante.

—No tengáis cuidado; dejadme con ella. Dejadnos solas, os lo suplico.

Jorge se alejó del lecho, mas no salió de la habitación, sino que fué a apoyarse en la pared a un sitio obscuro mirando desde allí a la luz de la lámpara el semblante desencajado de su madre. Todos los rasgos todavía visibles de una belleza que hacía resaltar el arte más refinado del tocador, desaparecían súbitamente, y en una hora envejecía diez años. Pasaban por su rostro horribles contracciones, y su mirada vagando en torno, fija y extraviada, parecía recorrer con aire indignado todos aquellos fastuosos objetos que la rodeaban y que eran impotentes para aliviarla. Este espectáculo hizo estremecer a Jorge, y eso que no solamente se le contaba en el número de los valientes, sino hasta de los temerarios, pues mil veces había arrostrado la muerte y los peligros sin otro motivo que su aliciente. Empero ese género de valor no tiene nada de común con el que mira con ojos serenos los sufrimientos y la muerte, no con el aspecto con que los presenta la exaltación que nos impulsa a buscarlos, sino como los presenciamos en el lecho del dolor, como nos esperan. De esta suerte horrorizaban a Jorge, y se apartaba de ellos con la repulsión de un carácter delicado y noble, pero enervado por el placer y el egoísmo, y capaz en cualquier ocasión de brillantes hechos más bien que de oscuros sacrificios.

A pesar de su verdadero cariño hacia su madre, probablemente no hubiera soportado largo tiempo la penosa impresión que sentía, si la lúgubre luz que todo lo transformaba a su

alrededor, no le hubiese permitido contemplar los movimientos y las facciones de la que le reemplazaba: así, permaneció donde estaba sin dejar de observar con admiración la actitud de Florángel. Tranquila, serena, había despedido ya a varias sirvientas, cuyo servicio no era necesario, y a poco se restablecía la calma en la estancia: Bárbara iba y venía, afanándose mucho y dando pruebas de buena voluntad, pero sin poder disimular el terror que no podía vencer en cuanto veía a su señora presa de la terrible enfermedad. En este punto jamás la había disgustado la intervención de Florángel, y así fué que recibió con una secreta alegría la orden de retirarse.

—Son cerca de las cuatro,—dijo Florángel mirando el rico reloj colocado enfrente,—y está algo más tranquila: id a descansar, Bárbara.

—¿Y vos, señorita?

—Yo me quedo hasta las siete, que vendrá el médico. Después descansaré, y vos me reemplazaréis.

Esta orden, tranquila y lacónica, no se la hizo Bárbara repetir. Colocó un sillón junto a la joven, y delante de él una mesita con todos los medicamentos que podría necesitar, y salió sin reparar que Florángel no estaba sola junto al lecho de la enferma. Jorge vaciló: abandonar a Florángel en aquella velada solitaria, era casi una cobardía; permanecer a su lado sin que ella lo supiera, era una traición: decidióse por tanto a dejar el sitio que ocupaba, y se acercó lentamente al lecho.

Al rumor de sus pasos, Florángel volvió rápidamente la cabeza estremeciéndose, y este movimiento fué bastante para despertar a la enferma, lo cual era para ella empezar de nuevo a sufrir, y el acceso, apenas calmado, comenzó con más violencia. Durante algunos momentos no fueron inútiles a Florángel la presencia y el auxilio de Jorge; pero mientras ella conservaba toda la serenidad, él perdía la suya, y no parecía capaz de soportar la vista de aquel padecimiento que no podía aliviar.

—¡Madre! ¡madre mía!—exclamaba angustiado.—Miradme, miradme.

—Silencio,—díjole Florángel al oído;—ni una palabra: necesita tranquilidad y silencio absoluto.

—¡Gabriela! ¡Gabriela!—murmuró la enferma con agitación.

Florángel pasó su brazo por debajo de la cabeza de la princesa sosteniéndola con una mano, mientras estrechaba con la otra las suyas heladas.

—Gabriela, no os vayáis, no me dejéis,—decía la princesa con voz sorda.

Florángel ocultó su rostro entre la almohada, mientras otra voz repetía a su lado en voz baja:

—¡Oh! no, jamás.

Pasado un instante levantó la cabeza y dijo con un acento irresistible:

—Dejadnos ahora, señor conde: os lo pido.

Jorge vaciló un momento, pero ella repitió: *Os lo pido*, y el conde obedeció sin replicar como si le hubiese dicho: *Os lo mando*. Cuando se vió fuera de la estancia, respiró como aquel a quien la más pequeña violencia le es insoportable, y deseando aspirar el aire libre, atravesó el salón y entró en la azotea. Ya despuntaba el alba. Dió algunos pasos embriagándose con el perfume de las flores y quedóse con los brazos cruzados mirando al horizonte colorarse con las primeras tintas de la aurora. Tenía prisa sin saberlo de borrar las impresiones que había hecho nacer el espectáculo que había tenido a la vista. Y sin embargo, Jorge tenía corazón, llámese esto ternura o valor, no se podía dudar de ello; pero necesitaba encontrar en los objetos exteriores la satisfacción de una facultad de gozar llevada al último grado, que le hacía igualmente sensible a las impresiones contrarias. Esa facultad no era baja ni vulgar, y lo que atraía a Jorge era la verdadera belleza, el verdadero encanto y el verdadero interés. El vicio, bajo un aspecto innoble, le repugnaba como la fealdad, y ese era a sus ojos el aspecto del sufrimiento, de la enfermedad, del dolor y de la muerte.

IX

Los días siguientes pasaron entre el progreso, apogeo y declinación del mal: el efecto de la medicina y de la asistencia no se hizo esperar, y llegó la convalecencia: pero aquella era la época más difícil para los que rodeaban a la enferma, y en la que más necesaria era la presencia de Florángel. Su inteligencia y afecto lo dirigían todo desde el primer instante, y todos la obedecían, hasta la misma enferma, que no se sentía capaz de resistirla; ahora recobraba con las fuerzas el ejercicio de su voluntad caprichosa y obstinada, y en esa fase era donde la joven había conquistado el favor de que gozaba. Florángel conocía que la hubiera sido mil veces más fácil dejarla cuando estaba privada de conocimiento, que en el momento en que no podía pasarse sin ella y la llamaba continuamente, porque ella era la única que podía evitarla el trabajo de escribir una carta o de recibir una visita; ella sola sabía arreglar sus libros, sus flores y las mil bagatelas que la rodeaban, según el deseo de sus ojos y de su gusto, caprichosos y descontentadizos; y ella, en fin, sabía hacerla agradables las veladas mientras que por orden del médico estaban cerrados sus salones y no podía recibir mas que a un corto número de amigos íntimos. En estas horas era cuando Florángel leía con un tono y una voz, que daban a la lectura un encanto de que jamás se cansaba el exquisito gusto de la princesa.

—En verdad, Gabriela, —decía una noche en que la joven acababa de leer unos versos escogidos por la princesa,—en verdad que oírlos leer es una delicia. Jorge, atiende un momento; deja esa revista que tanto te absorbe, y acércate. Acaba de leerme Gabriela el soneto del Dante:

Tanto gentile e tanto onesta pare
la donna mia...

de un modo, que vale la pena de oirla.

Hubo un momento de silencio. Una ancha pantalla velaba la luz a los ojos todavía débiles de la princesa, y Florángel estaba sentada al lado opuesto. Ruborizóse, porque sabía bien que durante la lectura que había hecho, no era a la revista a la que habían mirado los ojos del conde.

—No he estado tan distraído como pensáis, madre mía, —respondió Jorge,—porque esos versos llaman mi atención siempre que les oigo:—Y repitió a media voz:

E da per gli occhi una dolcezza al core,
Che intender non la puó chi non la prova.

Habíase acercado Jorge a la mesa, y la expresión de su mirada no dejaba duda a Florángel de la aplicación que daba a los versos.

Un mes hacía que se había visto precisada a aceptar la presencia del que estaba resuelta a huir, y había tenido que alejar de su pensamiento todo recuerdo de su posición, excepto el de los deberes que la imponía para con su señora: ahora lo único que buscaba era la hora propicia de llevar a cabo el sacrificio que se había impuesto, pues ya la princesa estaba en convalecencia, y podía soportar el disgusto que su proposición la causaría. Aquella misma noche confirmaba su resolución de no dilatarlo más por ninguna consideración, pues continuar más tiempo en aquella situación, sería una traición premeditada.

Pensaba confiarse enteramente al doctor Leblanc que, cumpliendo a la sazón una promesa hecha el año anterior a sus amigos de la casa vieja, se hallaba en Heidelberg, y mejor que nadie conocía su situación y la ayudaría a salir de ella, preparando su regreso al seno de la familia sin revelar el motivo que deseaba ocultar; pero hasta hablar de Jorge al doctor costaba trabajo a Florángel, de suerte que no había acabado la carta, y no podía demorarla más. Dejó el libro sobre la mesa, y entregóse a silenciosas reflexiones, mientras la princesa continuaba en voz alta las que la había sugerido la lectura de los versos, y su hijo, respondiéndola distraído,

trataba de leer en aquellos ojos bajos que con tanto empeño se apartaban de los suyos.

En aquel momento vino a interrumpirles a todos un mensaje: el lacayo de la princesa se presentó diciendo que había un joven en el vestíbulo que deseaba hablar a la señorita Gabriela.

—¡Un joven!—exclamaron todos vivamente y a un mismo tiempo.

—¿Le habéis preguntado su nombre?—añadió Florángel.

—Sí.

En efecto, se le había preguntado, pero lo había olvidado, y balbuceó varios nombres tan ininteligibles como desconocidos.

—Voy a ver quién es,—dijo Florángel levantándose.

Antes que ella se había levantado Jorge, mientras que la princesa exclamaba que no debía dejarse bajar sola a aquella hora a Gabriela, que se introducían de esta suerte rateros por la noche, que el día antes en medio del día había entrado uno en una tienda, y...

—Si me lo permitís,—interrumpió Jorge,—yo veré quién es: no tengáis cuidado, y esperad las noticias que os traeré.

Nada tenía Florángel que oponer. No conocía, ni esperaba a nadie, y estaba persuadida de que aquello era alguna equivocación. A los diez minutos volvió Jorge diciendo con semblante gozoso:

—En efecto, es un joven y pregunta por vos, señorita; y yo a mi vez he tenido una gran satisfacción en estrechar la mano de Julián Steinberg, porque él es quien acaba de llegar a Florencia con su esposa.

—¡Julián! ¡Julián y Clara!—exclamó arrebatada Florángel. Y ya corría olvidando a la princesa y a Jorge, para gozar de tan inesperada felicidad de ver a aquellas personas, cuando el conde la detuvo diciendo:

—Dispensadme, señorita. Steinberg quería solamente saber cuándo podría veros su esposa, y yo creí hacer bien en decirle que mi carruaje, que está abajo, os conduciría al punto a la fonda donde se hospedan: así, partió en seguida para avisarla que sin tardanza tendría el gusto de veros.

— ¡Oh! ¡cuán bueno sois, y cuántas gracias os debo!— dijo Florángel entusiasmada. Pero se acordó a tiempo de que a la princesa no le agradaban las cosas cuya iniciativa no fuera suya, y que este derecho jamás le cedía a nadie; así es, que antes de que nadie reparara en la nube que ya empezaba a obscurecer su frente, la joven se acercó a ella diciendo: — El señor conde es muy bueno, pero yo creo que sería mejor esperar a mañana, ¿no es verdad, princesa? No son más que las nueve, y todavía me necesitáis más de una hora.

Con estas palabras quedó me lio desarmada la princesa y su hijo acabó de desarmarla diciendo con mucha gracia que él se incomodaría de que le manifestase con ese proceder que era incapaz de reemplazar a la señorita Gabriela durante una hora.

— Vamos, madre mía— añadió— creo que soportaréis que a mi vez sea vuestro lector, ¿no es cierto? Conozco que no seré igual seguramente; pero aun suponiendo que el contraste os desagrada, me parece que bien podremos pasar algunos minutos juntos: en otro tiempo mi conversación podía distraeros muy bien tan corto espacio.

Estas palabras dichas con cierto minio, arrodillándose junto a su madre, iban directamente a tocar la fibra débil y sensible de su corazón, porque la princesa idolatraba a su hijo que era la alegría y el orgullo de su vida, pero que a pesar de quererla mucho se le escapaba continuamente.

Aquella mujer, tan imperiosa con todos, se sentía sin autoridad con su hijo, y trataba de adquirir ascendiente sobre él valiéndose de toda su habilidad, como si ese ascendiente no fuera un derecho suyo. Desde su llegada, Jorge había sido más reservado que de costumbre, logrando hasta este día substraerse a todas las insinuaciones de su madre para llevarle a una de esas confidencias que a veces la hacía, y que la indemnizaban ampliamente de los instantes más o menos largos de reserva que le habían precedido: así, pasó suavemente la mano por la cabellera de su hijo, diciéndole:

— ¡Pícaro! Bien sabes lo que haces. — Y volviéndose a Florángel continuó: — Id, os lo permito, a dar la bienvenida a vuestra prima; por ahora bien puedo pasarme sin vos. Id, pero volved dentro de una hora: os espero a las diez.

LA HEROINA DE CASTELLFORT
EPISODIO CARLISTA

Historia completa de esta brava mujer, que en la pasada guerra empuñó las armas.

a 1'50 pesetas ejemplar

FOLLETOS DE PROPAGANDA REQUETENÓFILA

a 2'50 ptas. el 100

VAN PUBLICADOS:

N.º 1.—Esbozo del Programa Tradicionalista

N.º 2.—¿Por qué nos llamamos legitimistas?

CANTOS A LA TRADICIÓN

Tomo de poesías carlistas

1 peseta ejemplar

EL AÑO JAIMISTA

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1913

UNA PESETA

Consta de 164 páginas con varias láminas y cubiertas en tricromía, con más de 130 grabados y abundante y escogido texto

LOS CRÍMENES DEL LIBERALISMO

POR

JUAN M.^A ROMA

Libro de 128 páginas con cubiertas en colores que acaba de ponerse a la venta en todas las librerías de España

UNA PESETA

Añadiendo a su importe 0'30 ptas. se manda certificado

PRIMER SORTEO

SELLOS DE DON JAIME

Hay en 4 colores

1 pta. 100 - 8 ptas. 1000

MEDALLAS DE DON JAIME

En aluminium.	0'25 ptas.
En bronce dorado.	2'— »
En plata.	7'— »

POSTALES DE DON JAIME

A un sólo color, corrientes, a.	4 ptas. 100
Clase fina abrillantadas y fondo oro.	15 » »

De venta en nuestra Administración

VALE

Nº

10

Diez **vales** pertenecientes a los **diez** primeros cuadernos de **TRADICIONES PATRIAS** dan derecho a todo comprador a un número del Sorteo de **diez premios** que se celebrará en el Salón Frohsdorf del Círculo Tradicionalista de Barcelona, el próximo mes de Abril.